

Joaquín Barceló Larraín analiza la segunda mitad del siglo xx. Señala que, hacia mediados del siglo xx, la actividad filosófica en Chile, ya de vuelo internacional, se convierte en problema y necesidad cultural. Se crean departamentos e institutos de filosofía, se funda la Sociedad Chilena de Filosofía, aparecen publicaciones periódicas consagradas a la literatura filosófica y se organizan congresos de filosofía.

El profesor Barceló explica: "La filosofía no produce riquezas materiales, ni presta tampoco servicios útiles al desarrollo económico. En nuestro país, muchos la ven hoy como un lujo caro y absolutamente injustificable en relación con las metas nacionales de recuperación económica". De aquí procede el hecho de que la actividad filosófica nunca haya recibido en Chile un apoyo suficientemente decidido.

Termina con un juego de palabras que contienen una verdad que sólo puede y debe ser aclarada mediante el diálogo y la confrontación de lo útil e inútil en apariencia: "Si bien todas las otras son más útiles y necesarias, ninguna es mejor que la filosofía".

Obra de gran interés. Los lectores verán el panorama extenso del pensar filosófico en Chile. Además de los académicos que han colaborado en la redacción de las presentaciones y fichas, figuran dos bibliotecarias: Bruna Benzi Ristolfi, profesora del Departamento de Bibliotecología de la Universidad de Chile, y Viviana Silva Canto, profesora del Instituto Profesional de Santiago.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At447-25AMVM10025>

EL ALMACEN DE MI TIO DESIDERIO

De *Alberto Arraño*.

El autor de esta colección de estampas, con las figuras que el tiempo fue cubriendo de halos casi románticos, evoca la presencia de personajes campesinos de manera directa. Emplea un lenguaje hablado, sin complicaciones literarias, sin vacíos que los lectores tengan que llenar de manera subjetiva o caprichosa. No sobran las palabras precisas para recrear fragmentos de un pequeño mundo auténtico.

Explica que, en sus años mozos, pasó vacaciones en casa de su abuelo, don José de los Santos Acevedo, todo un hombre. Esa propiedad estaba ubicada en la costa sur de Colchagua, y allí pudo relacionarse con el quehacer campesino: faenas de labranza, trillas, huasos bien montados, amansadores y troperos de mulas, "que llegaban por caminos costeros hasta el mismo puerto de Valparaíso".

El autor siente nostalgia de aquella época como un perfume desvaído, como una canción lejana, "como un triste rumor que marchita los labios en un largo silencio".

En estas páginas, las figuras humanas exhiben relieve, sus andanzas no tienen complicaciones, sino una verdad que sería muy difícil discutir. Esa transparencia literaria es uno de los méritos de este libro, impreso en los talleres de la Editorial Universitaria.

Los temas, siempre costumbristas, se fijan en la figura del tío Desiderio, en la poesía de los días de lluvia y los campos en donde abundan los bueyes "en engorda".

La segunda parte la constituyen diez estampas pueblerinas, centradas en las canteras, ciertos personajes y la vida de los trotamundos pampinos.

Alberto Arraño, meticuloso en las descripciones, evoca un día de lluvia: "Desde la víspera los arrieros del cielo conducían al vaporoso tropel de nubes hacia las llanuras australes. Manchones plumizos, cenicientos, oscuros que se desplazaban lentamente por la ancha bóveda celestina...".

Los huasos se alejan por el camino carretero, sus siluetas se diluyen tras la cortina brumosa del agua. Y el narrador escribe: "Después me vine a mi escritorio, en donde leí un rato, y luego me puse a mirar a través de los vidrios de la ventana, cómo la noche caía solemne e inmensa sobre los campos adormecidos".

Un ejemplo de anotación criollista: "Dios me lo bendiga, niño, mire que la veida visiones con la fatiga que traía. Continúa que por estos peladeros no hay ni una venta onde ponerle algo al cuerpo; puros lagartos y pájaros que se ven "pu' aquí no más".

La misma tónica existe en la narración titulada "El peuco de Cantarrana".

Finalmente la figura del domador: "Por ahí se le ve ahora, vejancón, empobrecido, desamparado; calza zapatos de huaso, gastados y sin lustre. Lleva una manta de castilla, vieja y descolorida. Lo cubre un sombrero alón, raído y deforme. Pero lo peor es que ni siquiera dispone de un caballo".

Libro que trae aromas de campo, que exalta formas de vida sencillas y de extraordinario valor humano.

VICENTE MENGOD

LOS LOBOS Y LAS MAGNOLIAS

Fernando Emmerich.

Aguilar Chilena de Ediciones S.A., 184 págs.

No es fácil determinar el radio de acción del humorismo. Sucede que algunos escritores se ponen muy serios, cuando se disponen a encender la mecha de sus artefactos. Una frase es suficiente para que el relato se dispare en direcciones inesperadas. ¿No será que la realidad exacta es demasiado graciosa? Es posible. Por eso, un "tema" se convierte en hontanar de sorpresas. ¿Cómo terminará ese "cuento" de lenta andadura, con tantos detalles de nombres y situaciones?

Diez narraciones extensas se incluyen en este volumen. Entre ellas hay elementos comunes, tanto es así que el libro casi se convierte en una especie de novela de planos juxtapuestos, casi unidos por los hilillos del humor.

"La muerte de Su Santidad", crónica minuciosa de un hecho esperado, inevitable, desmentido y vuelto a ser realidad, le permite al autor manejar con donaire a los personajes, a unos seres que dan volteretas visionarias, trapiés dignos de mejor suerte.